

Conjugando Ideas: ¿qué y cómo es una Institución psicoanalítica? Los psicoanalistas y su institución¹

René Epstein

“...sólo quiero prevenir que la terapia mate a la ciencia.” Freud (1926, p. 238)

“El uso del psicoanálisis para la terapia es sólo una de sus aplicaciones; quizás el futuro muestre que no es la más importante.” Freud (1926, p. 232)

Freud (a los psicoanalistas en el 2do. Congreso Internacional de Psicoanálisis): *“No sólo trabajan al servicio de la ciencia (...) sino que contribuyen a aquel esclarecimiento de la masa del que esperamos la más radical profilaxis de la neurosis pasando por el rodeo de la autoridad social...”* (1910, p. 142)

Desde que Freud empezó a perfilar su pensamiento, distintos grupos se reunieron a discutir las ideas psicoanalíticas que iban surgiendo. Fue pasando el tiempo, se organizó la IPA, y alrededor del mundo se fueron creando asociaciones psicoanalíticas, obedeciendo, es de suponer, tanto a la necesidad de seguir pensando en grupo y discutir nuevas aportaciones como a la tarea de formar y representar a los psicoanalistas.

¹ He mantenido para este trabajo el título del taller que presentáramos con la Dra. Reggy Serebriany en el 25° Simposio y Congreso Interno de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (2003), resultado de un trabajo previo, precursor de las reflexiones aquí desarrolladas, y en el que estuvimos acompañados por colegas de mucha estima. Le agradezco también a la Dra. Serebriany comentarios posteriores durante la confección de este trabajo.

Esto, lo que se ha conformado en la realidad histórica, plantea hoy diversas preguntas que llegan a tener tal presencia que asumen la necesidad de una respuesta. Es decir que, además de ese interés relativamente simple por lograr aclaraciones, en muchos momentos conllevan una sensación de urgencia que hace pensar en la necesidad de reformulaciones. Creemos que las causas de este fenómeno, de estas necesidades, están determinadas tanto por la propia evolución como por la aparición de nuevos límites: con frecuencia se ha llegado a hablar de una crisis.

Algunos de los interrogantes que se han vuelto propios, y aun la convocatoria propuesta para el presente número de nuestra revista, hacen útil tratar de dar a esta problemática cierta objetividad. La subjetividad quedará más bien al arbitrio de presentarse por sí misma, a través de los interrogantes no percibidos, y del hecho que tampoco se pueden consignar todos los que aparecen –doble subjetividad. Los elegidos son los siguientes: ¿qué se piensa que es una Institución psicoanalítica? ¿Tiene características que la diferencien de otras agrupaciones científicas? ¿Qué significa para un psicoanalista pertenecer o no a una institución, y cómo influye esto en su identidad como tal? La historia de las instituciones psicoanalíticas nos dice que en muchas de ellas se produjeron serios conflictos que llevaron incluso a escisiones: ¿cuáles son los puntos de tensión a ser tenidos en cuenta?

Por ejemplo: el hecho de ser formadora de quienes después serán sus miembros, ¿puede traer conflictos de poder u otros? Las diferencias sobre las necesidades de los psicoanalistas, y las necesidades de la inserción del psicoanálisis en la sociedad, ¿llevarían a que el ejercicio de distintos poderes tenga cierto grado de imperiosidad? ¿Podremos pensar también en poderes como capacidades?

Quizás los siguientes ejes de discusión puedan abarcar algunos conflictos, en un sentido casi psicoanalítico del término, que caracterizarían dichas cuestiones: a) lo particular de la forma de la profesión de psicoanalista, b) la cuestión de una articulación con las demandas sociales, culturales, e inclusive, las demandas económicas que la sociedad presenta al psicoanálisis, y c) el complejo presente en que se desarrolla el ejercicio de la práctica psicoanalítica.

EL PSICOANALISTA Y SU PROFESION

¿Cuáles serían las características particulares que tienen que ver con lo específico del ejercicio de nuestra profesión?

El psicoanalista, en la sesión analítica, tiene como instrumento su mente, y su campo de trabajo abarca tanto el inconsciente del paciente como el propio. A esto, que determina que el psicoanalista trabaje en una situación de sustancial incertidumbre, se agrega que su trabajo “asistencial” transcurre también en una soledad bastante particular. Es una soledad diferente a la de otros profesionales, y si bien su tarea posee una “codificación” bastante establecida (Epstein y cols., 2004) aun a pesar del “pluralismo teórico” (Epstein y Murillo, 2003), sus objetivos no tienen límites que estén lo suficientemente claros para que el resultado de su acción tenga una meta fácilmente determinable (ver, por ejemplo, Leuzinger-Bohleber y cols., 2003).

Por otra parte los “objetivos” tampoco son claramente compartidos ni con el paciente ni con los pacientes. Este y éstos sólo tienen un conocimiento restringido de los mismos, particularmente si incluimos la idea de los aspectos mayéuticos (Bleger, 1973). Por fin, el analista debe justamente dejar de lado las representaciones socio-culturales del paciente, que en otras profesiones constituyen un terreno común que establece un vínculo más consciente entre profesional y paciente, tanto por los requisitos del “análisis del inconsciente” como por lo subversivo de la propuesta psicoanalítica. Esta se refiere a la plena individualidad: en el análisis también es cuestionado lo grupal.

¿Las demandas a la institución psicoanalítica tendrían que ver con una necesidad de contención vinculada a dicha soledad del consultorio? Otros elementos a tener en cuenta surgen de las propias teorías de la técnica. Tomando la conceptualización de Meltzer (1967), el analista trabaja con “actitud psicoanalítica”, lo que implica que su *status* como sujeto se reduce a una fuerte virtualidad. Y desde Bion, la propuesta es de “sin memoria y sin deseo” (1970), lo que plantea la misma básica desobjetivación del psicoanalista.

Las propuestas vinculares se refieren a un plano distinto de la relación psicoanalista-paciente, en el que el analista aparentemente tendría más presencia como sujeto, pero: ¿abolon o sostienen la idea freudiana de la relación de “inconsciente a inconsciente”? En sus desarrollos hay cuestiones a ser indagadas tales como la proble-

mática de la relación entre sujeto y Yo, entre sujeto y *self*. La tendencia en estas ideas a pensar la sesión más bien entre sujetos no deja clara donde estarían las asimetrías entre analista y paciente, y esto ¿favorece la identificación del analista?

Se puede pensar que, al menos en parte, estas propuestas responden a ciertos fenómenos, que existieron y aún existen. Nos referimos a momentos en los que una actitud defensiva e ideológica de idealización por parte de psicoanalistas, grupos y/o “esquemas referenciales” psicoanalíticos, que serían propias de lo ideológico, de un “movimiento” psicoanalítico (Garza Guerrero, 2002), se materializaron y se materializan como una exigencia a los pacientes y a la sociedad. Constituyeron y constituyen un fenómeno, en general, propio de ciertas etapas del desarrollo de nuestra disciplina y/o de los psicoanalistas. Todo esto llevó y lleva a una “reinterpretación” del rol del analista como una cuestión de jerarquía y no de profesionalidad. Pero en muchas situaciones también es sintónico con necesidades de los mismos pacientes, en función de una situación defensiva, por la persistente “novedad” social que constituyó y constituye el psicoanálisis. Lo que hoy se estaría desarrollando es que el reconocimiento de los beneficios de una psicoterapia, aceptados socialmente, en muchos casos busca formas más “amigables” que la psicoanalítica, menos conflictivas, valga la polisemia (J. Milton, 2001).

¿Cuál es el destino de una necesidad, surgida de posiciones críticas contra la idealización, como la de una escasa presencia del analista como sujeto, sin que devenga en una impronta de “socialización” que quitaría profesionalidad? La indiscriminación de los roles fácilmente puede sobredimensionar la presencia de los elementos de lo social de las relaciones entre personas. Y esto es, como decimos, antitético con lo “subversivo” de la propuesta psicoanalítica: entronizar lo individual. El “ser sujeto”, conciente de sus conflictos, pero no como expresión de individualismo ni como rescate de lo subjetivo en oposición a la masificación, sino como posesión de lo propio.

La presencia del analista como sujeto también es precaria, si consideramos la idea libermaniana de “estilos complementarios” (1976). A esta característica del trabajo profesional se agregaría, según Ferschtut (1997), una particular omnipotencia del rol de analista que surge de lo que él llama el “libre paso por los dormitorios”, que inviste de “omnipotencia y poder mágico” (pág. 36). El

ejercicio profesional, la actividad en sesión, se convierte en un estado deseado y temido, que agrega extrañamiento.

LA INSTITUCION PARA LOS PSICOANALISTAS

La institución es de y por los psicoanalistas. ¿Cuál es la demanda que se plantea a la institución y lo institucional desde lo que se viene de señalar? Además de lo planteado, de la necesidad de una subjetivación, ¿se piensa que hay una demanda racional, consciente, y otra inconsciente, emocional, que también podría tener que ver con restos transferenciales, por ejemplo, del análisis de formación? ¿Pueden confluir todos estos elementos? ¿Influye en el encuentro entre colegas en la institución?

Las características que imponen los restos transferenciales del análisis de formación pueden producir un agregado a la necesidad de subjetivación, por la ambigüedad que transmite la definición “analizado de...”. La transferencia, incluso en una institución de médicos, donde algunos miembros podrían ser pacientes de sus colegas, no se refiere a una transferencia tan personalizada, tan íntima y asimétrica como en el caso de las relaciones entre analista y analizado. Lo citado de Ferschtut (1997) también debe jugar un papel, pero no tanto en cuanto a generar una posición de omnipotencia del terapeuta, sino, más bien, vínculos en los que juega una totalidad más cotidiana de omnipotencia-dependencia, e idealización-sometimiento.

Un caso algo particular de aparición de lo transferencial, pero útil para estudiar vinculaciones de este tipo, podría estar incluida en lo que se verifica en los institutos de formación, en la relación docente-alumno, al aparecer muchas veces dificultades para la calificación de éstos. También excede lo habitual de una relación docente-alumno el que éste último, a su “egreso” quede “ingresado” en la institución formante. Esta particularidad se manifiesta con frecuencia en algo que parecería otra idealización, la del rol o la situación del docente, y conlleva la promoción del deseo del “ingreso” como docente.

Título e identidad, ¿es esto parte de lo que el psicoanalista, no sólo el recién formado, demanda a la institución? Esta demanda de identidad, ¿se vincula con la necesidad de una pertenencia singular? Pertenencia que puede casi sustituir la necesidad de membresía

institucional, y promover la posición de “transmisores de la verdad” y no sólo del conocimiento. ¿Esto sostiene que surja la necesidad de adhesiones a una corriente definida de todas las que constituyen el “pluralismo teórico” psicoanalítico? Y *pari pasu*, ¿una ubicación ya no sólo como adherente sino como participante en la lucha por el poder dentro del pluralismo?

LA INSTITUCIONALIZACION DEL PSICOANALISIS

Desde este punto de vista, el de las cuestiones planteadas por la necesidad de una identidad, queda superada la idea del pluralismo “metafórico” de Wallerstein (1988) y la problemática que nos señala Bernardi (2000), de que no se logra llegar a “un mutuo reconocimiento”. La relativización del valor de paradigma de la creación freudiana que de ello resulta, marca la lucha más que científica, ideológica, en cuanto a la búsqueda de identidad y pertenencia, lo que en parte lleva a que Fonagy (1998) diga: “*Ya no estamos acumulando conocimiento... estamos desarrollando a la disciplina en nuestras propias direcciones individuales.*” (citado por Garza Guerrero, 2002).² Fuerte vertiente de búsqueda por lograr una subjetivación o “subjetividad” reconocida, que debilita lo institucional y la institucionalización.

La institución, como contenedora de los profesionales a título personal, requerida de manera tan restringida, por lo que impulsan las características de la profesión, pierde fácilmente la función que como tal debe ejercer: la de dadora de identidad en términos generales. Cuando cada uno de los “nombres” pugna por ser el *verdadero* representante del psicoanálisis —el único—, se desdibuja y se pierde el corpus de conocimiento objetivo de la mente o aparato psíquico, lo científico y general. Se minimiza el paradigma freudiano y se produce más bien una apropiación del nombre o del sujeto: Sigmund Freud, quien es constituido como garantía de apoderamiento de administración de la herencia. La matriz disciplinaria casi deja de existir pues es “reinterpretada”, sin que esto sea enmarcado en el

² Stone, en 1954, ya hablaba de: “...la ‘pérdida de energía’ en las luchas por un poder de multifacéticos deseos”, que se desarrollan sobre “...bases arbitrarias o ritualistas...(...) a la que infortunadamente se presta la naturaleza de nuestro trabajo.”

ejercicio de un derecho, con la modestia que ello implica: el reconocimiento que la nueva producción es una ampliación o “enriquecimiento” del paradigma fundamental.

Desaparece de la mente de los psicoanalistas un ordenamiento de lo general y de lo particular, en pro de la afirmación de “esquemas teóricos”, de los cuales se proclama no muy implícitamente su “mayor verdad” y una petición de principio ambigua de mayor eficiencia, arraigada básicamente en una mayor “juventud”.

En definitiva, curiosa situación en la que se pretende lograr una identidad profesional y social, que termina restringida a la primera. Lo que subyace es la importancia de un reconocimiento de subjetividad diferenciada, de la profesionalidad individual, y que se requiere ese reconocimiento dentro y desde lo institucional. Se va transformando la necesidad de identidad en un ejercicio de rivalidades que se desarrolla también hacia afuera de la institución: la disciplina “madre” o matriz queda desdibujada y requiere de idealizaciones.

Si bien la institución debe ser dadora de identidad, es un psicoanálisis institucionalizado lo que justamente garantizará la existencia de la identidad de psicoanalista: aquella no puede organizarse simplemente como la suma de los constituyentes del conjunto. Una vez más, lo restringido de la expectativa, en nuestra idea, es fuerte razón generadora de los caracteres de un “movimiento”, que según Garza Guerrero (2002) sigue vigente en el ámbito de la disciplina psicoanalítica institucionalizada. Si la existencia de una matriz disciplinaria que *exceda* la matriz de una profesionalidad no está clara, entonces no hay límites precisos acerca de qué teoría y qué teoría de qué objeto sería el conjunto gnoseológico que sostendría lo paradigmático e identificador.³ Se desdibuja la institucionalización constituyente, primero, de un conjunto de profesionales y, segundo, de un conjunto que tiene una profesionalidad que se realiza según una teoría “objetiva”, instrumentada, materializada en la sesión y en un tratamiento, llevado a cabo de acuerdo a esa teoría.

La falta de claridad de lo que excede al conjunto de profesionales lleva directamente a los problemas que acarrea la discu-

³ Corresponde aquí subrayar que se usa el concepto de paradigma o, mejor aún, de “matriz disciplinaria”, como finalmente lo precisara Kuhn, en su Postdata de 1969 (p. 278-279)

sión descrita por Bernardi (2000). Desde el “pluralismo” multiteórico del psicoanálisis, la “institucionalización de lo pensado” tiene, más que objetividad, nombres y apellidos. Se duda innecesariamente si “ciencia” o hermenéutica” (Epstein, 2003), y se desconoce el lugar de privilegio que ocupa el psicoanálisis, por su objeto de estudio y la metodología que éste le impone, como un punto de encrucijada entre las ciencias (Epstein, 2004). En el extremo ¿nos deberíamos pensar como un conjunto de “hermeneutas”, si tomamos en cuenta que la actividad psicoanalítica encuentra su *non plus ultra* en la actividad interpretativa (Epstein 2003, 2004)?

Volvamos en parte a lo que está determinado por la forma o el estilo con el que se ejerce la profesión del analista. Siguiendo a Ferschtut (1997) podemos tener en cuenta, por ejemplo, posibles diferencias entre los analistas: posturas de “colegas más necesitados de un proceso de reparación más satisfactorio y completo (que se ajustarán a la vertiente terapéutica... en tanto apremio de curar...”, (otros) “...se inclinarían supuestamente más hacia la vertiente simbólica... y tendrán más intención, atención y disposición para tolerar ambigüedades, dudas, paradojas...”. Estas diferencias, en una situación en que la demanda personal a la institución es fuerte e incluso perentoria, daría lugar a diferencias de posiciones poco claras, mezclas de tiempos históricos distintos: los personales y los institucionales, y dificultades de una conciliación explícita, como de hecho aparece.

Se entrecruzan las necesidades de respuestas más activas o más reflexivas, pero siempre hay una urgencia ajena a lo que es un proceso institucional. La diversidad de perfiles y funciones que requieren los fines institucionales y la institucionalización y promoción de la disciplina que debe ser representada, que podría alojar las diferencias personales, no resulta satisfactoria. Se desemboca muchas veces en una parálisis del desarrollo de esa institucionalización, que es lo que Garza Guerrero (2002) denomina la homogamia sincrética, y al mismo tiempo tampoco se provee desde la institución a la satisfacción de las necesidades que promueve el ejercicio profesional.

EL PSICOANALISIS INSTITUCIONALIZADO Y LA SOCIEDAD

Todo esto en cuanto al primer eje de nuestra discusión. Pero veamos ahora los otros dos: *tenemos que recordar que psicoanalistas e instituciones estamos ubicados en el mundo actual, con sus cambios. Recordemos que la demanda de la sociedad a instituciones como la nuestra es social, cultural, económica: no se nos requiere una "verdad". Por otra parte la sociedad demanda "autoritariamente" un ejercicio de la práctica psicoanalítica que se acomode a su organización.*

Las organizaciones persiguen fines específicos. Y son fuente de legitimidad, que justifica su actividad, y su misma existencia. Su razón de ser es el servicio de esos fines. Fin de una organización es el estado de cosas deseado que la organización pretende realizar. Un fin nunca existe: es un estado al que se aspira, no que tenemos. Dice A. Aryan "¿Qué podemos hacer como instancia intermedia entre nuestra práctica clínica en soledad y el entorno socio-cultural que nos plantea nuevas situaciones y problemas y espera respuestas?"⁴

Desde este punto de vista se podría pensar que uno de los fines de la institución psicoanalítica es satisfacer las demandas de la sociedad a los psicoanalistas y la de los psicoanalistas a la sociedad.

En primera aproximación, la sociedad nos presenta la demanda de ejercer la profesión, y para ella la situación "clásica" del consultorio no es algo "único" y especial: ello conlleva cambios de "enquadre", "técnicos", en el ejercicio de nuestra especificidad. Esto es lo que viven los psicoanalistas, pero no las instituciones. Aquí las instituciones deberían mediar.

Pero para las instituciones está presente cierto malestar, ciertas exigencias sociales, que se agregan a lo que los psicoanalistas miembros de la misma soportan a título individual. Debemos tener en cuenta que el malestar que la sociedad nos traslada se refiere al conocimiento que le hemos hecho llegar, de que existen condiciones de mejor calidad de vida y que en esto se incluyen los tratamientos psicoanalíticos como una herramienta.

Lo que expresa la cita de Freud arriba consignada, acerca de un "más allá de la terapéutica", todavía no está claro: ni para la

⁴ Citado en la presentación del Grupo de Discusión sobre "Pensando la Institución Psicoanalítica", satélite del Congreso de la API, Nueva Orleans, 2004 (coordinador A. Fainstein).

sociedad ni para los psicoanalistas y sus instituciones. Está a ser considerado que la propuesta que nos hace la teoría psicoanalítica incluye en realidad una apuesta fuerte en cuanto a la prevención. Está contenida en la teoría de la psicogénesis y la importancia de los vínculos que la misma plantea, y va más allá que la curación.

Esta es la ponencia crucial desde el punto de vista socio-económico. El bienestar social que se podría generar a partir del cuidado de los vínculos significativos es el mayor aporte que el psicoanálisis podría hacer a la sociedad. Mayor que el conjunto de bienestar que podría generar a través de la suma de todos los tratamientos individuales. Y esta ponencia está presente en el imaginario social, pero es poco considerada por todos los participantes. Entra en colisión tanto con la estructura de una sociedad cortoplacista como con la necesidad de los profesionales de una identidad reconocida. Estos deben aceptar la falta de omnipotencia social que implica que se pueda plantear una institucionalización también pensada para el afuera.

Pero la sociedad también nos demanda que todo ello sea ubicado dentro de una matriz disciplinaria que defina la totalidad de las tareas. Cuando se habla del propósito de autoridades gubernamentales de diversos países de optimizar la posición del psicoanálisis para la contribución sanitaria y la formación dentro del contexto profesional y científico de una atención coherente a la salud, algo de esto está planteado. Pero si se considera que: “No es de ningún modo deshonoroso afirmar que para este fin debemos aceptar las categorías nosográficas actuales... complementándolos con nuestras propias clasificaciones y dándolas a conocer.”,⁵ que en un campo de pensamiento aparezca la idea de una posibilidad de deshonor, implica que las instituciones, en este caso las psicoanalíticas, están por demás sumergidas en la función de sostener lo personal, y no tanto la disciplina que los reúne. Es una brecha que señala una debilidad en su función de intermediación entre el conjunto de los psicoanalistas, profesionales de una clínica y representantes de la aplicación de una teoría sobre la materialidad del psiquismo, y la sociedad, que lo quiera o no, necesita de todos los modos en que esa teoría, ese conocimiento, puede ayudar al mayor bienestar general.

⁵ D. Widlöcher (2004).

Las relaciones entre teorías son más que una complementariedad: son un desarrollo del conocimiento y la cultura que, en nuestro caso, se basa en el reconocimiento de la disciplina psicoanalítica, del paradigma, y de los otros paradigmas.⁶ Abandonar la posición de esta tarea sólo llevará nuevamente a la entronización de “posturas”. Y esta situación dejará la relación de los psicoanalistas con la sociedad a cargo de los mecanismos sociales, tanto los intra como los extrainstitucionales, que abrevan en factores que no son los de la excelencia clínica ni los de la verificación del valor de la teoría. Las jerarquías intrainstitucionales, si no son ellas las que tienen en cuenta todas las necesidades y novedades que le son presentadas como representantes de la disciplina, se vuelven de algún modo inmutables y definitivas.

Un ejemplo podría ser la falta de exposición de los profesionales a mecanismos que hagan del proceso de reacreditación de la excelencia, un instrumento de educación permanente. Se pierde un recurso que se opone a las cristalizaciones en base a los comentarios no públicos, de pequeño grupo. Se fomenta el peso de los cenáculos y la búsqueda de logros para sí mismos, sus miembros y su ideología. Se pierde una herramienta de validación de la inserción de la profesión en el medio social y de hecho toman aliento las posiciones positivistas que critican a la disciplina por su falta de transparencia. La institución queda sometida a una función de privilegiar más a las personas que a su tarea de ser representante de una disciplina que abrevia en los conocimientos que los grupos internos van produciendo como grupos de trabajo, *intradisciplinario*, que son los que más aportarán a la expansión de la misma en el campo social.

EL PSICOANALISIS Y LA CIENCIA

Desde otra vertiente, la de las características más generales de la disciplina psicoanalítica, de la teoría y su metodología, que le da fundamento sistemático, también aparece el deslizamiento de considerar lo individual como el mayor valor.

⁶ Algo de este trabajo institucional se está desarrollando en la consideración de una interacción con las neurociencias.

Ello distorsiona la ubicación epistemológica de la particular actividad hermenéutica, creativa, propia de la disciplina (Epstein, 2004).

Algo de lo dicho por Ferschut, ya citado, del “libre paso por los dormitorios”, está también en el origen de este aislamiento. Se confunde la riqueza del tratamiento, de la inefable investigación de lo individual en la sesión terapéutica como lo conducente a desconsiderar la necesidad de desarrollar teoría como actividad de institucionalización científica. Las distintas formas de demostrar el valor social de la utilización de la disciplina psicoanalítica, en todos los casos en que el psiquismo está en juego, conlleva una inserción en la sistemática del conocimiento general. Algo ya dijimos de la importancia relativamente mayor del psicoanálisis para la prevención que para la curación. Esto es ponerse en el lugar de la conservación de los intereses sociales, pero implica también el límite donde deberán congeniarse los intereses individuales de los psicoanalistas. Justamente éste es uno de los grandes desafíos para nuestra disciplina y nuestra actividad.

Queda por ser considerado, en lo más profundo de este tema, si se puede pensar en la relación que debería o podría establecerse entre psicoanalistas, cuya formación en y para la actividad clínica, crisol del pleno reconocimiento del valor y la profundidad de la individualidad del sujeto, se compadecería de un desarrollo, o podría sustentar esa “evolución”, hacia otras actividades más allá del consultorio psicoanalítico. Y sustentar una mirada de colegialidad entre los psicoanalistas que se hayan “apartado” de esa formación primigenia. Ello demandaría cambios importantes en los funcionamiento institucionales, en primera instancia el abandono de endiosamientos individuales. Estos devienen en una posición positivista, causalista, de monodeterminación, que la propia disciplina psicoanalítica descarta por demasiado restringida.⁷

Esto es lo que la enseñanza freudiana de la necesidad metodológica de la metapsicología, el conflicto, y todo lo que tiene que ver con la visión dinámica de la relación entre la teoría y la práctica, nos indica. E. Roudinesco (2001) lo plantea así: “*En lo que él lla-*

⁷ “De lo que se trata es ir desarrollando un pensamiento dialéctico, que haga honor al determinismo múltiple que justamente plantea la metapsicología. Este determinismo múltiple es una postura frente al incremento del conocimiento y el conocimiento mismo, que se opone al positivismo y al postmodernismo relativista.” (Epstein y Murillo, 2002)

maba metapsicología, Freud veía un medio de sacar al psicoanálisis de la psicología y evitar que se afiliase a la filosofía. (...) inventó la metapsicología, es decir, un modelo especulativo para inscribirlo en el cruzamiento de las ciencias de la naturaleza y de la reflexión especulativa". (pág. 187, en Derrida-Roudinesco, 2001).

Que las imágenes de lo que el psicoanálisis brinda sean distorsionadas, que éste no responda a todas las expectativas puestas en él, es cuestión, no secundaria, pero sí subsidiaria de que los psicoanalistas y sus instituciones puedan poner la demanda social al psicoanálisis como punto de partida, o uno de los puntos de partida de su razón de existir, junto con el de la satisfacción de las necesidades de los psicoanalistas, incluida su necesidad de multiplicarse, de un crecimiento de la masa de los colegas.

La *forma* de satisfacer dicha demanda es una cuestión que a su vez es subsidiaria de las recién planteadas. Debe considerarse que no todo se puede lograr a través de la lente del "psicoanálisis clásico". Y que esto no es una renuncia. Es una "propuesta" de nuevas formas de contacto con la sociedad en cuanto a las exigencias de un conocimiento vinculado a lo científico, además de las nuevas formas del ejercicio de un "arte de curar", que es convocado también desde el arte de cuidar, educar, prevenir. Quizás sea éste el lugar de citar algo dicho recientemente: "*Jane Milton (2001) (...) nos trae la cuestión del desplazamiento de la psicoterapia de base psicoanalítica del escenario, habiendo sido considerada como la respuesta psicoterapéutica privilegiada. Considera que la inserción social-científica del psicoanálisis se extendió con deficiencia, por ceder a una idealización, lo que determina falta de valorización, y, aun de reconocimiento de la teoría, incluso por parte de los propios psicoanalistas. Esto impide una confrontación con las 'nuevas' teorías, por desconsiderar la amplitud de la teoría psicoanalítica, con pérdida de vista de su poder heurístico, pero también metodológico en cuanto a lo terapéutico. [...] la terapia cognitivo-conductual está sufriendo, y deberá sufrir, los desarrollos que atravesara el propio psicoanálisis, al encontrarse a su vez con la complejidad de la clínica, y con la necesidad de una expansión de sus marcos referenciales.*" (Epstein, 2004)

Volviendo a Garza Guerrero (2002), este autor considera que una de las dificultades que atraviesan las instituciones es que se mezcla lo "movimientista" con una forma inadecuada de formación de los psicoanalistas. Toma como modelo, que considera más

apropiado, al de la formación en cualquier disciplina, es decir, la enseñanza universitaria. En realidad él se refiere a las características de tres funciones que considera irreconciliables entre sí, sin caer en una ideologización, o, aun, una religiosidad. Las tareas de las instituciones psicoanalíticas en cuanto a lo social, que producen una superposición que considera imposible, las ejemplifica diciendo: “*a) educación e investigación científica (tarea de universidades); b) normativización y regulación de la práctica de una profesión clínica, así como el proselitismo, aspectos económicos, políticos e ideológicos (tareas de una asociación convencional de profesionales y técnicos); y c) una acreditación, certificación, educación continua y recertificación ‘as if’ (tareas de cuerpos colegiados externos, locales, interinstitucionales y de coaliciones independientes multirepresentativos y consorcios, así como una legislación gubernamental local)*” (pág. 63, traducción de los autores).

Si partimos de lo postulado por Ferschtut (1997) en cuanto a una evolución desde la “Sociedad de los Siete Anillos” a las sociedades actuales y la IPA, para observar los temas que van apareciendo, podemos tomar emergentes en este nivel institucional. En este sentido es interesante lo surgido recientemente con, primero, la instauración de los subsidios a la actividad de investigación, y luego, la cuestión de una diferenciación entre la investigación empírica y la investigación conceptual. La segunda, que recientemente apareciera como en oposición a la primera, metodológicamente no es tan diferenciable: por ejemplo nuestro CONICET subsidia a ambas. La oposición planteada, más allá de las consideraciones epistemológicas que se puedan hacer, oculta una cuestión de preeminencias no científicas. Más reciente aún, el programa de subsidios para proyectos para el “Desarrollo de la Práctica y la Formación Psicoanalítica”, destinado a “Enfrentar la Crisis en el Psicoanálisis”,⁸ también muestra una compartimentalización de las políticas que no lle-

⁸ Dice la información enviada por la IPA en su propuesta de subsidios para proyectos de: “Desarrollo de la Práctica y la Formación Psicoanalítica. Enfrentar la Crisis en el Psicoanálisis. Solicitud de Propuestas’ ‘La Nueva Estrategia. -Para muchos analistas es difícil mantener una práctica analítica y muchas Sociedades informan sobre una disminución en el número de candidatos que quieren realizar su formación analítica. La naturaleza de la crisis en el psicoanálisis varía entre los distintos países y aún en cada país, pero muchas Sociedades en las tres regiones informan que tienen problemas de esta índole. Es necesario desarrollar iniciativas locales, regionales y globales para tratar este problema. En la nueva estrategia de la API llamada Desarrollo de la Práctica Psicoanalítica y de la Formación (DPPT) la

ga a los psicoanalistas como un desarrollo global. Queda obscurecido el hecho de la universalidad de la crisis que este programa demuestra: nos hace pensar más en lo propio que en el problema de desarrollo general.

También es interesante el dato obtenido por la investigación de IPSO (Pereira y cols, 2004) acerca de un alto porcentaje de candidatos que “*ven el futuro [del psicoanálisis] vinculado con un cambio en relación con la sociedad*”, aunque también se consigna como una contradicción que “*sólo un pequeño porcentaje mencionó la necesidad de cambio en la formación.*” (pág.290). El planteo que se hace aquí es que, más que un prejuicio frente al cambio como el que consideran estas autoras, lo que está en juego es que no hay una respuesta clara de qué vinculación con la sociedad debe ser encarada.

Lo que a nuestro juicio cabe retomar, más allá de otras consideraciones, es que una institución dedicada y centrada en la actividad de la profesión, y sin discriminaciones acerca de la multiplicidad que ésta va adquiriendo, pierde los objetivos más generales de la misma, de aquello que debe ser institucionalizado. Al no considerar la diferenciación entre teoría y ejercicio de una disciplina, se pierde una actividad intra e interdisciplinaria y los encuentros de las diversas vicisitudes de la práctica, aún la no clínica, con la sociedad y la cultura, no adquieren todo su valor de desarrollo. Se limita la inserción y el asentamiento. La defensa de una excelencia profesional con un conocimiento explícito de las tareas posibles, no debería desdibujar su tronco común.

Esta confusión que proviene de idealizar las primeras épocas en que Freud era clínico, investigador y científico, ha sido mantenida pero sin la claridad acerca de las distintas funciones, y de su trascendencia para los distintos fines, que Freud sí sostuviera. Las citas lo atestiguan. No se ha ido discriminando suficientemente que la investigación de la subjetividad es una de las tareas de nuestro campo, y que la creación de conceptos científicos se asienta sobre ella, pero es una actividad otra.

Junta de Representantes acordó en destinar \$300.000 (alrededor del 15% de sus ingresos) en 2004 para financiar proyectos cuyo *objetivo sea aumentar el número de pacientes y candidatos analíticos* (subrayado nuestro).”

BIBLIOGRAFIA

- BERNARDI, R. (2000) "La Función del Debate en el Psicoanálisis". Conferencia, APdeBA, Buenos Aires.
- BION, W. R. (1970) *Atención e Interpretación*. Editorial Paidós, Buenos Aires (1974).
- BLEGER, J. (1973) "Criterios de Curación y Objetivos del Psicoanálisis". *Rev. Psicoanálisis*, 30, 317-343.
- DERRIDA, J. Y ROUDINESCO, E. (2001) *Y Mañana Qué...* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires (2003).
- EPSTEIN, R. (2003) "Las Fronteras y la Matriz Disciplinaria Psicoanalítica: Análisis Epistemológico de lo Hermenéutico y lo Científico". *Psicoanálisis*, 25, 93-103; and "The frontiers and the disciplinary matrix: epistemological analysis of the hermeneutic and the scientific aspects". 43º International Psychoanalytic Congress (IPA), N. Orleans, 2004.
- (2004) "El Psicoanálisis: 'Ciencia' de la Hermenéutica". 26º Simposio y Congreso Interno, APdeBA.
- Y MURILLO, M. (2002) "Pluralismo Teórico: Fronteras y Metapsicología". 24º Congreso de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL), Montevideo.
- FERSCHTUT, G. (1997) "De los Siete Anillos a la Cadena Infinita". Relato, 19º Simposio y Congreso Interno, APdeBA.
- FREUD, S. (1910) Las Perspectivas Futuras de la Terapia Psicoanalítica. *Obras completas*, Amorrortu, Tomo XI.
- (1926) ¿Pueden los Legos Ejercer el Psicoanálisis? *Obras completas*, Amorrortu, Tomo XX.
- GARZA GUERRERO, C. (2002) "The Crisis in Psychoanalysis?: What Crisis are we Talking about?". *Int. J. Psychoanal.*, 83, 57-83.
- KUHN, T. (1962) *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. En español: Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- LEUZINGER-BOHLEBER, M., STUHR, U., RÜGER, B., Y BEUTEL, M. (2003) "How to Study the 'Quality of Psychoanalytic Treatments' and their Long-Term Effects on Patients Well-Being: A representative, multi-perspective follow-up study". *Int. J. Psychoanal.*, 84, 263-290.
- LIBERMAN, D. (1976) *Lingüística, Interacción Comunicativa y Proceso Psicoanalítico*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- MELTZER, D. (1967) *El Proceso Psicoanalítico*. Ediciones Hormé, Buenos Aires (1976).
- MILTON, J. (2001) "Psychoanalysis and cognitive behaviour therapy - Rival paradigms or common ground?". *Int. J. Psychoanal.*, 82, 431-447.

CONJUGANDO IDEAS... LOS PSICOANALISTAS Y SU INSTITUCION

- PEREIRA, ANDREA R.Q. DE, RAGAU, MARÍA R., BORENSZTEIN, L., RAMALLO, I. Y RUSSO, E. (2004) "Investigación de IPSO: ¿Inciden las diferencias culturales en la formación analítica? 94 Entrevistas a Candidatos de las Tres Regiones". 26º Simposio y Congreso Interno, APdeBA.
- STONE, L. (1954) "The Widening Scope of Indications for Psychoanalysis". *J. Amer. Psychoanal. Assoc.*, 2:567-594.
- WALLERSTEIN, R. S. (1988) "One Psychoanalysis or Many?". *Int. J. Psychoanal.*, 69, 5-21.
- WIDLÖCHER, D. (2004) "El Psicoanálisis y el Sistema de Atención de Salud". *Psicoanálisis Internacional*, 13, 6.

René Epstein
Mansilla 3267, 3º "A"
C1425BPO, Capital Federal
Argentina